

Situación mundial al inicio del nuevo milenio*

Luis Narváez Rivadeneira**

Ante este severo auditorio que privilegia mi presencia en esta sala, exige que mi presentación del tema no se circunscriba a la simple descripción y apreciaciones recogidas en un ejercicio teórico y enunciativo de los hechos y circunstancias acerca de la “Situación Mundial al Inicio del Nuevo Milenio”, y demanda la adopción de una metodología para el análisis y el trazo previsor fundado en bases científicas, emanadas fundamentalmente en el razonamiento originado en la Teoría de la Relaciones Internacionales. Este es, al menos, mi propósito al haber aceptado la honrosa responsabilidad y distinción académica de Profesor Honorario.

Comenzaré por reducir textualmente el siguiente retrato de una “unidad diferenciada”, expresión que la utilizaré para no mencionar expresamente a un país determinado, que bien podría ser asimilable al Ecuador. Metodológicamente, con esta imagen, abordaré uno de los vértices del triángulo analítico: el

contexto interno del país retratado por ese trío triunfador, que no miente pero que tampoco dice la verdad, y que lo integran los destacados ensayistas Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner y Alvaro Vargas Llosa.

De la obra de ellos, titulada “Fabricantes de Miseria”, leo textualmente lo siguiente:

“Tomemos al azar un país latinoamericano. Examinémoslo. Es pobre. En él cohabitan formas casi africanas de miseria con ostentosos niveles de lujo y prosperidad: chozas y fábricas de acero, analfabetos y poetas de vanguardia, decía Octavio Paz. Su capital, por esta razón ofrece patéticos contrastes. Los Mercedes Benz que llevan elegantes parejas a cócteles o a conciertos son asediados en los semáforos por enjambres de limosneros o vendedores de cualquier cosa, flores, caramelos. Es un país que vive en los últimos tiempos una crítica situación económica. Su deuda externa es muy elevada; lucha

* Conferencia en el Auditorio Ricardo Palma. Universidad Ricardo Palma. Lima, 10 de mayo de 2005

** Embajador del Ecuador en el Perú, actualmente en servicio pasivo.

sin éxito para frenar una inflación de dos dígitos; su moneda parece fatalmente expuesta a constantes devaluaciones; las tasas de interés están disparadas, haciendo prohibitivos los créditos bancarios, y el déficit fiscal, producto de un gasto público incontrolado, presenta dos, tres, cuatro o cinco puntos del PIB. Para enfrentarlo, se realizan cada cierto tiempo ajustes tributarios severos y desalentadores, pues castigan esencialmente a quienes viven de un trabajo honrado.

Es, además, un país inseguro. La delincuencia común ha crecido tanto en los últimos tiempos, que nadie escapa al temor de un atraco, de un robo, si no de un secuestro. Los barrios bajos y los cinturones de miseria que rodean las ciudades más importantes hierven de vagos y rateros. Es peligroso dejar el auto en la calle mientras se asiste a una cena, aunque esté dotado de un sistema de alarma. De ahí que se hayan multiplicado, en conjuntos residenciales, bancos, empresas y edificios de oficinas, los servidores privados de seguridad. Pero no son sólo los ricos o las personas de nivel medio quienes viven estas zozobras. También, y sobre todo, los pobres son víctimas de la delincuencia; cohabitan con ella en las zonas urbanas más modestas, están más expuestos que nadie a ser desvalijados a la vuelta de cualquier esquina.

Y ahí no se detienen los problemas, pues también es un país que vive, abierta o soterradamente, una crisis política y hasta cierto punto institucional. Ciertos valores, ciertos principios, que eran fundamento de su vida democrática se han erosionado. Están lejanos los días de euforia popular tras la caída de la última dictadura militar del país. Ahora hay cansancio en la opinión. Los partidos, que ante suscitaban fervores, se han desgastado a su paso por el poder y los políticos cuyos nombres y fotografías fatigan diariamente a la prensa. Todos dicen lo mismo. Ofrecen el oro y el moro y nada cambia. Su lenguaje, y muy en especial el de los candidatos, se han devaluado prodigiosamente. Aunque tenga un sustento en el voto popular, el Congreso no parece representar a la Nación, sino a esa clase política que desde hace años regresa al mismo recinto y a los mismos ejercicios retóricos para dirimir sus eternos circulares pleitos en torno al poder. El clientelismo impera. Yo te doy, tú me das: tal es la norma que preside apoyos y adhesiones, pues la política ha cobrado un carácter desvergonzadamente mercantil.

Y para colmo, la corrupción. Los escándalos suelen salpicar a personajes de gobierno. No hay transparencia en licitaciones públicas y contratos. Se utilizan los cargos públicos o la amistad con ministros, directores de institutos y

otros altos funcionarios para hacer buenos negocios. Las aduanas son cuevas de corrupción. Se reparten selectivamente privilegios y exenciones tributarias. La famosa «mordida» mexicana cambia de nombre en cada país, pero existe en casi todos ellos y a todo nivel a la sombra de una asfixiante tramitología que la hace inevitable. La burocracia prolifera malignamente en todos los órganos de Estado, devorando buena parte de los presupuestos nacionales y regionales. Todo lo demora, todo lo dilata y todo lo corrompe. Amparada en el papeleo, obligando al ciudadano común y corriente a filas y esperas agotadoras frente a las ventanillas de las oficinas públicas, es absolutamente ineficaz y al mismo tiempo insaciable a la hora de defender sus prebendas laborales. Por culpa de su indolencia y de su inevitable obesidad, surge, en torno suyo, una maraña de intermediarios y tramitadores. No hay manera de evitarlos si se desea llevar a término en menores plazos una gestión. Hay que pagar siempre, por debajo de la mesa, para agilizar los trámites de una licencia de comercio o de industria, de construcción, de importación, de matrícula de un vehículo o de conducción. Los políticos que pertenecen al partido de gobierno son los soportes indispensables si se desea obtener una beca un puesto, cupos escolares, una vivienda subsidiada.

Cada cuatro, cinco o seis años en ese país se abre, con gran derroche de dinero y de publicidad, una tumultuosa campaña electoral para elegir nuevo presidente de la república. Gordos y sudorosos políticos, acompañan al candidato en plazas y tribunas y banderas de los diversos partidos (tricolores, rojas, azules, blancas, amarillas o verdes) salpican los mítines. Se escuchan vibrantes discursos, gritos, himnos y bandas de música. ¿Qué dicen los aspirantes a la presidencia? Lo de siempre. Que su gobierno tendrá como principal objetivo la lucha contra el desempleo, la pobreza, la falta de oportunidades y las inicuas desigualdades entre los privilegiados y los desheredados. Que el Estado debe intervenir, regular, planificar, propiciar una mejor redistribución de la riqueza (porque hay pocos que tienen mucho y muchos que no tienen nada) haciendo pagar a los ricos e incrementando la inversión social para proteger a las categorías más pobres y vulnerables del país. En suma, los programas de justicia social deberán prevalecer sobre las desalmadas políticas neoliberales que, al dejar libres las fuerzas ciegas del mercado, hacen más ricos a los ricos y más pobres a los pobres, configurando así un vituperable modelo de capitalismo salvaje”.

Si bien el perfil que os acabo de leer pone de manifiesto los rasgos comunes de una treintena de países del área latinoamericana y del

Caribe, guardando las diferencias regionales y la idiosincrasia propia de cada una de las “unidades diferenciadas” de las otras latitudes del mapamundi, ese perfil no es extraño a las naciones asiáticas y africanas que, en definitiva con nosotros, integran una geografía de severos contrastes, ocupada por los dos tercios de países que forman parte de la comunidad internacional. En consecuencia son elementos concurrentes que caracterizan a ese amplio grupo de naciones: la pobreza y los contrastes frente a la prosperidad; la profunda crisis política e institucional manifestada en el desgaste de los partidos y el acceso del clientelismo y la insaciable corrupción. En síntesis, quisiera señalar que los países en desarrollo, o llamados por su propio nombre subdesarrollados, son aquellos que según la acertada definición de Rodrigo Borja, en su *Enciclopedia de la Política*, “carecen de una plena institucionalidad del poder, signo de madurez de la sociedad política”. Mirados a través de ese calidoscopio del Índice de Desarrollo Humano, adoptado desde 1990 por el PNUD, se refleja un lentísimo “proceso mediante el cual se deben cumplir las oportunidades de los individuos, las más importantes de las cuales son una vida decente. Otras oportunidades incluyen la libertad política, la garantía de los derechos humanos y el respeto a sí mismo”.

Hablamos concretamente de 140 países que se ubican desde la categoría 22 a 175: Hong Kong, Chipre y Barbados en los puestos iniciales de la escala y Níger, Ruanda y Sierra Leona al cierre de la lista de los países en desarrollo. Son actores del escenario universal cuyo “índice de pobreza humana”, al cierre del milenio pasado, les encuentra situados en una clasificación que comienza con el 4.1 % (Trinidad y Tobago) y termina con una degradación del 66% (Níger), para lo cual el PNUD se ha basado con arreglo al índice de pobreza de un dólar diario para el universo de 78 países (Ecuador ocupa el puesto 15, con un índice de pobreza humana del 15.2%).

Llamo a vuestra atención, dilectos amigos, el hecho de que al inicio del nuevo milenio, ese enorme conjunto territorial marca un siglo de la situación mundial con la cual estamos conviviendo y que, con zozobra, se advierte que prolongará en el tiempo, si persisten las asimetrías internas y las internacionales.

Veamos ahora, para completar el círculo de los actores estatales, el perfil que caracteriza al restante tercio de las otras naciones, de las llamadas industrializadas, las cuales según el PNUD suman 50 países. La clasificación en base al Índice de Desarrollo Humano, cuya conceptualización ya formulé, establece las categorías del 1 al 175 con espacios

intermedios que reproducen diferencias al inferior del grupo industrial: Canadá, Francia, Noruega y Estados Unidos, en los cuatro puestos iniciales, y al cierre de la escala Kirguistán, Moldava y Tayikistán, en los puestos 48, 39, y 50 respectivamente.

Para tratar sobre un futuro, al menos para nuestro actual objeto, como sostiene Alvin Toffler en su libro "El shock del Futuro", es más importante ser imaginativo y perceptivo, que un cien por ciento exacto, recomendación que la apoya en la aseveración de que "las teorías no tienen que ser exactas para ser enormemente útiles. Incluso el error tiene su utilidad (se trata) de una primera aproximación a las nuevas realidades, llenas de peligros y promesas, creadas por el impulso acelerador".

Existe un documento que, en el ambiente académico y en los círculos político-económicos, se lo conoce como el "Informe Secreto de Bonn". Circuló subrepticamente hace veinte años aproximadamente. Las conclusiones son de tal preocupación que el gobierno alemán prohibió la difusión. De todos modos, Jean-Jacques y Scrvan-Schreiber en su libro "El Desafío Mundial" al relacionar los requerimientos de materias primas frente a las exigencias del desarrollo industrial, la seguridad y subsistencia de las industrias y el mantenimiento del nivel de vida de los consumidores del norte opulento y del sur subde-

sarrollado, reproducen los siguientes escalofriantes datos:

"Todas estas materias primas están presentes en cada fase, en cada objeto de la vida cotidiana. ¿Cómo pueden saber los ciudadanos de los países ricos, lo que sus gobiernos empiezan apenas a prever: que su empleo, su nivel de vida, lo esencial de su industria e incluso de su seguridad, dependen, aparte la evidencia obsesionante del petróleo, de estas materias primas?"

Hace dos años el canciller Schmidt encargó un informe sobre las consecuencias, para la economía alemana, de una eventual escasez de cinco materias primas. Las conclusiones son tales que el gobierno ha prohibido su publicación.

Este informe calcula en cerca de 20 millones de puestos de trabajo los que se perderían en las industrias siderúrgicas del automóvil, aeronáutica y naval si faltasen súbitamente cinco minerales, sólo cinco, que importa Alemania del África austral.

Se trata del *romo*, insustituible en la producción de aceros especiales; el *molibdeno* para la fabricación de las aleaciones refractarias empleadas en la construcción de reactores de avión; el *vanadio*, esencial para envolver las barras de combustible nucleares; el asbesto, material aislante para las naves espaciales,

pero también para las zapatas de los frenos, las fundas de bacterias y las canalizaciones de petróleo, y el *manganeso*, utilizado en metalurgia para todas las alcaciones de aluminio”.

El mismo informe calcula que una reducción del 30% en las importaciones de cromo, durante un año, provocaría un descenso del 27% en el PNB.

En vista de este informe, el Gobierno federal resolvió en julio de 1979, que había que tener reservas para un año de los citados materiales. Unas reservas constituidas por el sector privado, con ayuda de fondos públicos. El “Bundesbank” se avino a invertir mil quinientos millones de dólares en esta operación de seguros de vida.

La interrupción de suministro de manganeso por uno solo de los cinco países productores –Gabón, África del Sur, Australia, India y Brasil– crearía importantes trastornos para la economía occidental, indica otro informe, encargado por el Gobierno británico a petición del Ministerio de Industria.

El universo industrial ha descubierto que su supervivencia depende del Tercer Mundo, tanto como la del Tercer Mundo depende de él. El Tercer Mundo, le dio los medios materiales para una expansión sin precedentes en el tercer cuarto de

siglo XX y cuyos frutos no pudo repartir. Mientras doblaba su nivel de vida, aumentando en un 100% la renta media por habitante, la renta del Tercer Mundo aumentaba en tres dólares por año y habitante. Tres dólares, o sea, algo más de 9,75 soles al año.

Para no extenderme en este acápite, pero a fin de mantener unidad sobre las características de este grupo de actores estatales al inicio del nuevo milenio, creo del caso completar ese retrato recogiendo algunas percepciones del comportamiento humano que se avizora en los países industrializados, según anticipan destacados cuentistas sociales, como el propio Alvin Toffler:

El úbica, como antesala del milenio que hemos comenzado, a la llamada generación 800 sobre la cual pesa una ruptura tajante con toda la pasada experiencia humana, porque en ella se ha invertido la relación del hombre con los recursos. Y dice: “Esto se pone de manifiesto sobre todo en el campo del desarrollo económico. Dentro de un solo lapso de vida, la agricultura, fundamento primitivo de toda civilización, ha perdido predominio en todas las naciones”.

Señala, además, que durante los últimos años, la sociedad occidental se ha visto azotada por la furiosa tormenta del cambio. “El cambio barre

los países altamente industrializados con olas de velocidad creciente y de fuerza nunca vista”. En ese sentido advierte que el “shock” del futuro es un fenómeno de tiempo. “Nace de la superposición de una nueva cultura sobre la antigua”.

Añade: “Ha llegado a ser un tópico el decir que estamos viviendo <una segunda revolución industrial>. Con esta frase se pretende describir la rapidez y la profundidad del cambio a nuestro alrededor. Pero además de ser vulgar, puede inducir a error, pues lo que está ocurriendo ahora es, con toda probabilidad, más grande, más profundo y más importante que la revolución industrial. En realidad, un creciente grupo de opinión, digno de confianza, afirma que el momento actual representa nada menos que el segundo hito crucial de la historia humana, sólo comparable, en magnitud, a la primera gran interrupción de la continuidad histórica: el paso de la barbarie a la civilización”.

En nuestro lapso actual, las fronteras han saltado en pedazos. Hoy la red de lazos sociales es tan tupida, que las consecuencias de los sucesos contemporáneos son instantáneamente irradiadas a todo el mundo. Una guerra en Vietnam altera las conductas políticas fundamentales en Pekín, Moscú y Washington, provoca protestas en Estocolmo, afecta a las transacciones financieras

de Zurich y desata secretas maniobras diplomáticas en Argelia. Es otro de los aciertos de Toffler, de cara al “segundo hito crucial de la historia humana”.

Y cierro estas referencias con un párrafo dramático que nos advierte sobre la situación en los países industrializados al inicio del milenio: “En la actualidad en una docena de países importantes, la agricultura emplea menos del 15 por ciento de la población activa. En los Estados Unidos, cuyas tierras alimentan a 200.000.000 de americanos, amén de otros 160.000.000 de personas de todo el mundo, aquella cifra está ya por debajo del 6 por ciento y sigue disminuyendo rápidamente.

Más aún, si la agricultura es la primera fase del desarrollo económico, y el industrialismo la segunda, hoy podemos ver que existe otra fase –la tercera– y que la hemos alcanzado súbitamente. Allá por el año de 1956, los Estados Unidos se convirtieron en la primera potencia donde más del 50 por ciento de la mano de obra no campesina dejó de llevar el mono azul: fue de la fábrica o del trabajo manual. El número de trabajadores de mono azul fue superado por el de los llamados “cuello blanco”, empleados en el comercio al detalle, la administración, las comunicaciones, la investigación, la enseñanza y otras categorías de servicios. Dentro del mismo lapso de

vida, la sociedad ha conseguido, por primera vez en la historia humana, no solamente librarse del yugo de la agricultura, sino también, en unas pocas décadas, del yugo del trabajo manual. Así nació la primera economía de servicio del mundo.

Desde entonces, los países tecnológicamente avanzados se han movido, uno tras otro, en la misma dirección. En la actualidad, en los países donde los que se dedican a la agricultura han bajado al 15 por ciento o incluso más, los trabajadores de cuello blanco superan en número a los de mono azul: tal es el caso de Suecia, Inglaterra, Bélgica, Canadá y Holanda. Fueron diez mil años de agricultura. Un siglo o dos de industrialismo. Y ahora se abre ante nosotros el superindustrialismo”.

De paso, señoras y señores, aunque no entraré en los detalles, es mi deber señalar a vuestras reflexiones que el escenario mundial no sólo lo ocupan los Estados. Hay otros actores que forman parte, muchos de ellos con mayor poder económico y político- en la toma de decisiones a través de las cuales se conducen las relaciones internacionales y cuya realidad está presente en la convivencia global de la humanidad. Se trata de los organismos internacionales, las empresas transnacionales, las organizaciones no gubernamentales, las organizaciones ecuménicas,

la opinión pública, y otros actores individualmente relevantes. Estamos frente a una sociedad internacional, considerada como una extensa realidad social formada por una pléyade de grupos sociales que actúan y se relacionan influyéndose mutuamente. Forman conjuntamente, un todo. Unos son actores territoriales y otros actores funcionales. Los Estados se han convertido en mediadores del protagonismo internacional de todos aquellos grupos sociales. La fortaleza de todos ellos y entre ellos, se ubica en la cohesión interna de cada actor y su autonomía operativa exterior.

En consecuencia, el concepto de actor internacional reconoce a todo grupo social que, considerado como una unidad de decisión y actuación, participa eficaz y significativamente en aquellas relaciones definidas previamente como fundamentales para la estructura y dinámica de la sociedad Internacional.

La clásica concepción de reconocer como sujetos del derecho internacional, exclusivamente a los Estados, organismos internacionales y al individuo, está superada por la dinámica de las relaciones entre los nuevos actores de la comunidad universal. Estamos de cara a la “aldea global”.

El segundo vértice del triángulo está ocupado por el contexto inter-

nacional, vale decir, por el espacio externo en el cual están insertos los actores, ya mencionados. Sin dejar de reconocer la presencia de ciertos hechos y actitudes que por su naturaleza se manifiestan rígidos, no constituyen barreras infranqueables, ya determinadas, inamovibles. En ese entorno, deplorablemente la situación al inicio del milenio que hemos comenzado a transitar, se muestra asimétrica e inequitativa, tanto en el orden interno, como en el externo. No es, ni mucho menos, apropiado sentar como axiomas de la conducta colectiva: alinearse al determinismo geográfico y agrupar al norte como naciones prósperas, y al sur como naciones paupérrimas; igualmente, no es, ni mucho menos, apropiado imputar esas asimetrías e inequidades exclusivamente a la teoría de la dependencia.

Que existen tales escenarios es incuestionable. Por lo tanto al trazar una agenda para el actual milenio, el tema se lo debe inscribir. Es real y perdurable. La estrategia comienza por reconocer el carácter y el rol de los diversos actores, a los que ya me he referido, en el orden interno y en el campo internacional. En el primero debemos hacer un ejercicio introspectivo y corregir las actuales reglas del juego. Buscar en cada unidad diferenciada, la superación –sino eliminación- de los rasgos característicos del subdesarrollo nacional. En el segundo, en el externo; impulsar

alianzas subregionales y regionales para adquirir capacidad de negociación y estar en aptitud de responder a la omnipresente globalización, en un mundo de macro concentración económica, orgánica e institucional. Piénsese en unidades integradas como la Unión Europea; en los Estados Unidos de América como un ente federal con áreas de influencia; en la aproximación de Japón a las naciones del área del Pacífico asiático; en la ampliación de la mancomunidad europea, con los Estados de la hoy disgregada Europa Oriental. Nos quedan otros amplios espacios territoriales como el mundo árabe –musulmán; vinculado por nexos históricos de profunda raigambre cultural y religiosa, así como esa vasta zona de una cuarentena de naciones africanas, cuyo rumbo no encuentra cohesión ni interna ni externa. En estas dos últimas regiones, por cierto, la integración llevaría *lapsos* mayores. Pero debemos estar alertas.

Es un escenario, como podréis advertir, que agrega a la dicotomía de países industrializados y países en desarrollo, a los importantes temas de la globalización y de la integración, hay que sumar las paradigmáticas exigencias del mercado internacional: abierto y competitivo. ¡Ah! Por añadidura la calidad.

Un mercado supone la prestación de un producto determinado que el vendedor le ofrece al com-

prador. La transacción se traduce en un valor, con uno o varios signos monetarios específicos lo cual nos conduce ineludiblemente a los temas monetarios y financieros. He aquí otros aspectos presentes al inicio de este milenio, sin visos de otra alternativa que los sustituya en las décadas venideras. ¿Ha terminado el trueque? ¿Es la próxima alternativa? A la primera pregunta diría que no; que pueden transarse bienes y servicios a través de esa mecánica mercantil ancestral. A la segunda pienso que es una alternativa no excluyente. Claro que con un enfoque oligopólico, de empresas integradas para el manejo de bienes y servicios podría, en teoría, aplicarse un esquema contable para el trueque. Pero el ámbito de las transacciones encuentra, por otro lado, severos cuestionamientos a esta propuesta. Por ejemplo, desde el punto de vista empresarial ¿qué hago con los saldos favorables, con mis utilidades? Estoy seguro que trataría de conseguir divisas, es decir, una vez más ingresamos a los campos monetario y financiero y por esta vía al tema de las inversiones. Vemos pues, que estos temas seguirán en la agenda de las décadas venideras. Y por esa vía, el sistema crediticio con sus múltiples variables. La sabiduría para adquirir una deuda, no está en no contraerla. Radica en saber para qué me endeudo, en qué condiciones asumo esa obligación y cómo voy a pagarla. De modo que el tema

del endeudamiento externo, es otro vector del nuevo milenio.

La ciencia y la tecnología forman parte de la naturaleza humana, responden al anhelo permanente del ser, en ese irrefrenable afán de transitar por lo nuevo, en último término (no declarado) que si bien no niega la exclusividad de la creación divina, al menos pretende parecerse a Dios. Por ese camino podríamos ingresar a severas y profundas reflexiones metafísicas, pero no es la naturaleza ni el propósito de esta conferencia. Lo irrecusable es que este tema forma parte de la gran inversión que realizan los actores internacionales industrializados, a tal punto que han desplazado a la agricultura tradicional, con la aplicación de una genética de resultados sorprendentes; que gradualmente siguen abandonando los requerimientos de materias primas que demandan las llamadas industrias de punta; que están viviendo una segunda revolución industrial, sin trabajadores de mono azul sino de cuello blanco.

Quedarnos indolentes sería una irresponsabilidad generacional; una manera de confirmar el nuevo modelo colonizador. ¿Qué hacemos en los campos del desarrollo científico y tecnológico? Son pues, temas acuciantes que están vigentes para el nuevo milenio.

Con el debido respeto a la formación académica y profesional que poseéis y simplemente para completar estas percepciones y visiones mías, no puedo dejar de registrar para el análisis y la metodología a través de los cuales discurren mis pensamientos, todo el contenido y la validez científica de la geopolítica. El poder, los límites de éste. Cualquiera de los actores internacionales y locales deben considerar este tema, que no luce explícito en la situación internacional. Por este chaquiñán de mi charla, abordaré someramente algunos aspectos de orden sociológico que impregnan la conducta individual y colectiva y que son consubstanciales a la compleja convivencia entre seres humanos y en la sociedad.

El contexto individual (guardando las debidas proporciones respecto al contexto interno) se inscribe y reconoce los diversos conceptos de poder: poder general, poder material, poder humano y poder social. El término “poder”, en sentido genérico, es sinónimo de fuerza, vigor, capacidad, posibilidad, poderío. Ello supone una gran impresión conceptual del término, aunque presenta la ventaja de que nos permite aplicarlo a cualquier ámbito de la realidad.

Si vinculamos las relaciones de poder que se desarrollan en el ámbito de la realidad, las denominaremos como el poder natural, por ejemplo de signos destructivos los terremotos,

huracanes, inundaciones, etc.; o de signos positivos por sus fuerza creadora, la fertilidad de la tierra, la fecundación de los animales. En cambio si nos referimos al poder como atributo exclusivo del ser humano, estamos de cara al poder humano, que lo definimos como “la utilización consciente de las capacidades humanas en orden a generar ciertos efectos o resultados a la naturaleza o en la realidad social”.

De lo anterior podemos deducir una serie de consideraciones. Primero: el poder humano se genera como una conjugación de dos dimensiones básicas del hombre, la material o biológica y la espiritual o psicológica. En toda manifestación concreta encontramos ambas dimensiones, con mayor intensidad o no, entre ellas. Otra: si consideramos al hombre como un ser limitado en sus capacidades (físicas o psíquicas) resulta obvio concluir que el poder humano alcanzará hasta donde le permitan sus capacidades. A ello se debe añadir que a tales limitaciones se agregan los condicionamientos psicológicos y los condicionamientos históricos, en estos últimos se anotan las actividades que resultan limitantes para el hombre en ciertas etapas y que en cambio puede realizarlas en períodos posteriores. Precisamente el juego recíproco de los límites relatados e históricos es como podemos determinar al campo concreto que abarca el poder

del ser humano en cada hombre y en cada sociedad. Una tercera consideración: para que esa capacidad utilizada por el hombre pueda convertirse en poder humano, es necesario que sea ejercida de un modo consciente, elemento esencial que se constituye en factor básico diferencial entre los seres humanos y otros seres vivos. Gracias a esa relación, los seres humanos pueden controlar sus actos y aprender conductas. Una cuarta consideración: que los actos sean conscientes no significa, ni presupone, que sean actos totalmente racionales; hay móviles irracionales (creencias, sentimientos, impulsos, etc.) los que, con conciencia o no, afectan la racionalidad. De allí que es indispensable que nuestros actos se sujeten a un adecuado equilibrio entre la conciencia y la racionalidad. Quinto: de lo anterior se desprende que “la irracionalidad de muchos de los actos del poder humano no impide su investigación racional y científica”, pues al fin y al cabo, junto a la lógica de la razón existe también una lógica de la sinrazón. Registremos para nuestras reflexiones frente a la situación mundial al inicio de este milenio, que la experiencia histórica, en lo individual y lo colectivo, nos demuestra que las capacidades son distintas y desiguales entre las personas, por lo tanto el ejercicio del poder humano es diferente y desigual y en ese sentido el poder social (propio de los actores de la sociedad internacional) engen-

dra una diversidad y desigualdad de condiciones y capacidades.

De esa situación brevemente descrita, arribamos a algunas conclusiones, por ejemplo cualquier pretensión igualitaria se mueve más en el terreno de los deseos utópicos que en las realidades humanas. Sin embargo, admitir la desigualdad y el poder entre las sociedades o los individuos como una realidad, no significa negar la común naturaleza humana y, desde luego, no puede jamás confundirse con una justificación para la opresión y la injusticia que de ambos fenómenos puede derivarse como uno, y no el único, de sus posibles efectos. Tanto la desigualdad como el poder humano permiten no sólo la dominación y el conflicto, sino que también promueven la cooperación y la solidaridad humanas; fundamentan la vida humana los grupos sociales organizados de modo cada vez más prestos y pacíficos. En una palabra, la desigualdad y el poder permiten el progreso humano tanto como propician procesos de estancamiento o degradación de la humanidad. Creo que conviene recuperar nuestras energías al reconocer que tal es el poder humano de un modo genérico, pero ese poder humano encierra diversas formas de poder, que cabe diferenciar. Hay dos categorías de poder: el material y el social. El primero es “el ejercicio de poder humano sobre el entorno material que rodea al hombre, considerado indi-

vidual o colectivamente, y en el que éste se desarrolla”. El segundo es “el ejercicio humano con objeto de generar, mantener, alterar o impedir ciertos comportamientos y actuaciones de las personas tomadas individual o colectivamente”. En definitiva, la dimensión social se traduce en el ejercicio del poder humano proyectado en las relaciones interpersonales. El poder social no posee, se ejerce. De allí cabe anotar “El poder político no es un absoluto, sino una relación humana”.

Todo lo anterior nos conduce a apuntar otros temas en la agenda del nuevo milenio, y son: las cuestiones sustantivas de la paz, seguridad y desarrollo; el terrorismo; los asuntos derivados de los conflictos nacionalistas, éticos y religiosos, el desarrollo económico internacional, el desarme; la insurrección; las organizaciones internacionales y supranacionales; los derechos humanos y las cuestiones humanitarias, las migraciones; para señalar entre las más notables materias temáticas de las próximas décadas.

Para finalizar y cerrar el triángulo de hierro de esta presentación, paso a referirme al tercer vértice: a los objetivos nacionales.

Toda “unidad diferenciada” (puede leerse Ecuador, o los propios Estados Unidos de América para citar ejemplificativamente a paradigmas

de un país subdesarrollado y otro industrializado) debe estructurar un propósito esencial que caracterice al Estado-Nación y que constituya el eje común para todos los actores, en lo interno y en lo externo, y por ese conducto, la inserción y comportamiento en las relaciones existentes en el amplio campo de la sociedad internacional. Ese propósito esencial no puede ser otro que el trazo de los objetivos nacionales, que en el caso norteamericano se traduce en su vocación y decisión de responder al “Destino manifiesto” que hace más de dos siglos se propusieron los forjadores de la Unión.

En el caso ecuatoriano esa definición se alcanzó en lo formal, no hace más de tres décadas por una generación que hoy transita las vicisitudes de la jubilación. Más allá de la referencia temporal, recordemos que los objetivos nacionales ecuatorianos se concretan en los siguientes puntos cardinales: 1.- La integridad territorial; 2.- La democracia representativa; 3.- La seguridad nacional; 4.- La defensa del patrimonio estatal; 5.- El desarrollo económico; 6.- La justicia social; 7.- La defensa del medio ambiente.

Desde luego podríamos y deberíamos realizar un análisis y una evaluación retrospectiva, no necesariamente sobre la validez de los objetivos nacionales, que irrecusablemente son inobjectables y responden a un

propósito permanente de la sociedad ecuatoriana y de todos y cada uno de sus integrantes sino sobre la permeabilidad alcanzada en esa misma sociedad y el grado de cumplimiento y observancia por parte de los actores nacionales a lo largo de treinta años. Pero ese no es el objeto de esta exposición, ni de mis reflexiones. Sin embargo, me atrevería a señalar e inculpar directamente, como causa mayor de nuestro tránsito sin rumbo y de la inobservancia de los objetivos nacionales permanentes del Ecuador, a la carencia de una plena institucionalidad del poder, debida en gran medida a la inmadurez de la sociedad política ecuatoriana.

Esta aseveración mía la podemos constatar a través de dos signos fundamentales que dejan descubiertos los severos problemas de la colectividad nacional: El primero; el restablecimiento del sistema democrático en el Ecuador en el año 1979, ocasión en la que se expidió la décima séptima constitución política del Estado, con sus sucesivas modificaciones que respondieron a las coyunturas políticas circunstanciales, y luego con la puesta en vigencia en 1998, de la actual carta política, la decimoctava en la lista histórica. Una vez más, en estos días, ya se habla de modificaciones a las normas constitucionales, sino de la adopción misma de una nueva. Es claro, entonces, que nuestra inmadurez no nos permite registrar y menos consagrar una plena instituciona-

lidad del poder. El segundo signo: el cansancio de la opinión pública frente a la prodigiosa devaluación de ejercicio democrático que ha cobrado un carácter vergonzosamente mercantil. Lamentablemente los hechos son irrefutables. En el afán de justificar lo injustificable, bien podemos acudir una serie de argumentos explicativos, y nada más que ello. Pero las crisis políticas con las que convivimos desde el año de 1996 son patéticas. En un escenario interno de tan grave naturaleza, es obvio que jamás permearon los objetivos nacionales permanentes, en una sociedad que no puede desconocer la lacerante fotografía que reproduce, con palabras ajenas, al comienzo de mi exposición. Pero hay algo igualmente o más lúgubre que lo anterior: no acabamos de construir la identidad nacional. Estas son palabras mayores para una “unidad diferenciada” que insoslayablemente está inscrita en una situación mundial, ya anunciada para el inicio del nuevo milenio.

No pretendo ser pregonero de la desesperanza. Es bueno que pongamos nuestra mirada en el hecho de que hay procesos sociales en marcha, que es necesaria una nueva utopía. Hay gentes e instituciones que preocupadas por la situación, están trabajando en los temas que, de una manera más breve, constan en las líneas de esta conferencia. Permítanme invitarles a revisar, por

ejemplo, el denominado “Gran Programa UNESCO”, dedicado a indagar en las áreas de su competencia, los más apremiantes problemas que se presentan para América Latina y el Caribe, vistas con un enfoque prospectivo, orientado a predecir y prevenir cambios y tendencias. Allí se recogen “las modificaciones que deben acometerse”, las que “crearían condiciones para el surgimiento de una posibilidad de consenso alrededor del proyecto que así podría convertirse en un nuevo proyecto nacional”, en una utopía necesaria.

En esa dirección pienso que es importante que reconozcamos los siguientes indicadores:

- Las dinámicas actuales y futuras de las sociedades de la región tienen causas endógenas y exógenas,
- La particularidad de los hechos sociales en la religión tienen denominaciones comunes: dualismo y modernización, por un lado; y dependencia y heterogeneidad, por otro,
- Las formas de funcionamiento y la estructura misma de los sistemas políticos, económicos, culturales y sociales,
- El virtual consenso que plantea la renovación temática como premisa para la reconstitución de ellas.
- Las democráticas y confusas alteraciones que acompañan los procesos concretos de transición, están provocando la erosión y pérdida de las tradicionales representaciones co-

lectivas en las que nuestras sociedades se reconocían como tales.

- El problema de las relaciones entre sociedad y Estado, en definitiva, plantea la necesidad de volver a la anatomía de la sociedad, a fin de revisar los mecanismos mediante los cuales se constituyen y son constituidos los diferentes actores colectivos.
- La meta para la prosperidad y el desarrollo no podrá llevarse a la práctica, sin el concurso de las “grandes instituciones”, sobre las que se sustenta nuestra sociedad. Para que éstas actúen dentro de una mínima coincidencia de propósitos es necesario: que si los empresarios creen en el mercado, no deben pedir privilegios ni medidas proteccionistas, que la iglesia católica como guía moral y como formadora de opinión, deba reexaminar el dualismo de combate a la miseria y la necesidad de alentar el espíritu productivo, que la intelectualidad tiene que morigerar sus rencores históricos y dar paso a los signos de nuestra época como son la colaboración y la integración de grandes bloques frente a un vecindario de naciones prósperas, a fin de alcanzar muchas y mutuamente satisfactorias transacciones comerciales; que las universidades, a la entrada del nuevo siglo y del nuevo milenio, deban afinar sus objetivos, sus métodos y filosofía de trabajo, dar paso a la investigación y pensar con originalidad su conexión con el entorno social y la prestación de servicios de calidad académica;

que las fuerzas sindicales deban flexibilizar la hostil división entre el capital y el trabajo para acceder a la propiedad y mejorar la calidad de vida, con una mirada a convertirse, simultáneamente, en capitalista y trabajador; que las fuerzas armadas, al amparo de la ley y el rol que les es reconocido, reorienten su labor hacia sus reales posibilidades de actuación y hacia los reales peligrosos que azotan a nuestros pueblos: por ejemplo, la actualización de las mafias, el narcotráfico, la delincuencia común y la subversión política de quienes, como franco tiradores, persisten en actual margen de los mecanismos democráticos y desde luego, velar por la integridad y seguridad nacionales. Los medios de comunicación asuman su papel de mediadores mediáticos entre los actores sociales, la libertad de información que le es inherente, y el derecho de los miembros de la sociedad a ser informados.

Para terminar unas últimas exhortaciones: requerimos un cambio de mentalidad.

En lo interno y en los ámbitos subregional y regional hay rasgos comunes que compartimos, los hay en las veinte naciones más prósperas del planeta. De modo general, con nuestras particularidades y distintos niveles de intensidad, puede decirse que las “unidades diferenciadas” de América Latina y el Caribe tienen

gobiernos elegidos por procedimientos democráticos y en todas ellas prevalece un régimen económico más o menos basado en el mercado.

“La democracia, es decir, poder seleccionar periódicamente a los gobernantes entre distintas opciones (lo reconocemos todos) no es más que un componente mecánico de una organización mucho más diversa y profunda”. Entenderíamos que esas personas elegidas son idóneas para tomar las decisiones que la mayoría le resultan adecuadas, no obstante, aquel supuesto carece de rigor sino existe un verdadero Estado de Derecho, en el cual la sociedad se rija por leyes justas y socialmente equitativas, que no favorezcan a personas en particular o a grupo alguno. Otra vez, superar la carencia de una plena institucionalidad del poder. De manera directa, en este tema, para reconciliar a los latinoamericanos con la democracia, hay que modificar la relación jerárquica en el seno de la sociedad: los políticos, los funcionarios y los mandantes tienen que subordinarse al imperio de la ley.

En el grupo económico la fortaleza se sustenta en la capacidad empresarial y en la labor de los sectores productivos, inmersos como estamos en una economía de mercado, cuyo funcionamiento exitoso depende de que desaparezcan los privilegios, favoritismos y en la eliminación de los mecanismos formales y artificiales

de protección. A la aptitud de discernimiento del consumidor frente al mercado, el Estado debe añadir normas que lo protejan a fin de establecer una equitativa ecuación entre las legítimas ganancias del productor y el justo precio que debe abonar el consumidor.

A lo anterior, al margen de contar con una administración pública dispuesta a servir como lo mandan las leyes, y de un sistema económico no sujeto a la arbitrariedad para construir una sociedad que apunte a la prosperidad de sus integrantes, es indispensable contar con un sistema judicial rápido, eficaz y justo.

Un sistema al cual podamos acudir cuando sintamos que se han violado nuestros derechos o se nos ha infringido algún daño. Es un tema pendiente, acuciante. Para no obstruir nuestro trayecto de desarrollo hacia ese anhelado bienestar colectivo, urge contar con un nuevo sistema judicial. Y frente a la reubicación de los países en la división internacional emergente del trabajo, ésta debe ser conducida por el Estado, en el entendido de que éste llegue a ser el actor representante de un nuevo proyecto nacional de consenso. En lo interno ésta es la primera página que debemos escribirla.